

zo mejoras en el cuerpo de artillería, y el de Folar (1), Guibert y Ménil Durand, que pusieron á discusión las teorías militares para perfeccionarlas. El ministro Saint Germain, guiado de rectos pensamientos, pero usando maneras brutales, se dió prisa á introducir reformas indiscretas en el ejército: abolió los cuerpos privilegiados, dió forma y orden diversos de los antiguos á los regimientos, introdujo variaciones en el uniforme, en la táctica, en la disciplina y en los grados de ascenso; y entraba también en sus planes quitar el cuartel de inválidos; pero habiendo alterado en gran manera la disciplina con poner en boga los castigos brutales de la vara y de las baquetas á la tudesca, fué muy pronto separado de su cargo. Para ocupar el puesto de subteniente á su primera entrada en la carrera, el aspirante estaba obligado á probar con cuatro testigos, que pertenecía á una familia que vivía noblemente, y porque no era tarea muy escabrosa la de corromper cuatro individuos para que lo afirmasen, se acudió á pruebas heráldicas de nobleza (17-1). Pero esta imitación, que como varias otras se tomó de Prusia, aunque tendía á la destrucción de un abuso, introducía otro no menos perjudicial, por la sencilla razón de que cerraba á las clases inferiores las puertas de una carrera que en otra época era la que podía con mas honor elevar á la nobleza. Así es que el ejército se componía únicamente de las masas, y que entre los soldados y los oficiales no tenía lugar ni comunidad de origen ni de afecto, únicos lazos que podían hermanarlos. La clase media había conseguido su exención del servicio militar rescatándose con la talla, y se habían organizado regimientos provinciales con reclutas forzados, para que cuando el caso lo requiriese, se tuviesen soldados disponibles. Su reemplazo se hacia siempre por enganche, por lo que dice un autor contemporáneo, que el ejército estaba atestado de jóvenes que se habían alistado por sus desarreglos ó por su ociosidad, y que no figuraban entre ellos hijos de familia de todas clases, obligados á prestar su servicio por una ley general de conscripción militar. Los soldados á quienes aludimos no tenían porvenir, y se verificaba muy pocas veces que algunos de ellos lograsen pasar después de muchos años de servicio de sargentos á oficiales; por lo cual estos tales fueron llamados oficiales de fortuna. Los de la clase aristocrática gozaban el derecho de entrar en la carrera de las armas en clase de subtenientes: este uso prevaleció en tiempo del feudalismo, y se derivó también de la preocupación, que no permitía á la nobleza francesa

(1) El mariscal Folar ocupó un puesto muy preferente, no tan solo como hombre de armas, sino también como literato muy distinguido y comentador de las historias de Polibio, uno de los varones mas ilustres de la antigüedad.

(Nota del traductor.)

tomar otra carrera que no fuese la de las armas, la de la diplomacia ó la de la magistratura. Estos restos de inveteradas costumbres ponían trabas á la subordinación entre los oficiales, los cuales, aun cuando se sometían respetuosamente á sus jefes en todo lo concerniente al servicio, no dejaban en cualquiera otra circunstancia de reputarse sus iguales, persuadidos de que pertenecían á la alta gerarquía social. En efecto, sucedía que encontrándose un coronel noble de provincia en París ó en la corte, en medio de sus jóvenes capitanes y tenientes, no podía menos de reconocerse inferior, si éstos ocupaban empleos ó tenían ilustres títulos [1]. Y finalmente, los grados se compraban, no necesitándose mas para ello que el beneplácito del monarca, el cual no tenía derecho á negarlo.

Luis XV no tenía reparo en mostrarse en les campamentos de sus soldados llevando á su lado una favorita condecorada con título: ¿hay de que extrañarse si los oficiales lo tomaban por modelo? El mariscal de Sajonia traía siempre consigo un tropel de histriones, y al concluirse una función teatral se noticiaba al ejército por medio de una actriz, que al día siguiente tendría lugar la batalla de Lawfeld [2].

Las guerras que se verificaron en aquella época, destucieron aun mas á la nobleza, porque todos los oficiales, que pertenecían á la alta gerarquía, salían en todas las acciones derrotados, mientras que los soldados desempeñaban su papel como héroes. En efecto, cuando en los boletines se publicaban mil exageraciones por la noble sangre vertida, se preguntaba con sobrado motivo, si la de los soldados debía considerarse como agua.

En Francia á la sazón, podemos decir, que era todo temporal y que todo llevaba el timbre de la incertidumbre y de la oscilación, que daba á conocer tanto la necesidad de introducir innovaciones como la repugnancia en emprenderlas [3]. La multitud de leyes

(1) Segur, Mémoires.

(2) Mémoires du prince de Montbarrey.

(3) He aquí cómo lamentaba Lally-Tollendal la falta de constitución en un discurso lleno de moderación, que pronunció el 15 de Julio de 1789 en la cámara de los nobles. "Careceis de leyes que declaren á los estados generales parte integrante del poder soberano. . . Careceis de leyes que señalen un período determinado para su convocación. . . Careceis de leyes que escuden contra toda arbitrariedad vuestra seguridad y vuestra libertad individual. . . Careceis de leyes que autoricen la libertad de la prensa. . . Careceis de leyes que sancionen como necesario el consentimiento de los estados en lo que tiene referencia á las contribuciones. . . Careceis de leyes que fijen la responsabilidad de los ministros del poder ejecutivo. . . En resúmen, careceis de una ley general, positiva, redactada; de un diploma nacional y régio; de una gran Carta en que pueda cimentarse un órden estable y constante, que in-

particulares influyó mucho á dar alas á los abusos; entre las instituciones y la realidad de las cosas, mediaba una contradicción penenne; y la filosofía, que inspiraba únicamente sentimientos voluptuosos y brutales, encataba á las clases inferiores contra las altas, á quienes despreciaban y aborrecían, al paso que impulsaba á los nobles á atacar con las armas del sarcasmo los afectos legítimos, y á usar de cierta liviandad mofadora siempre que se hablase de torpeza.

EL TERCER ESTADO.—LA OPINION.—BEAUMARCHAIS.

Después del fallecimiento de Luis XI, los estados generales oyeron resonar discursos que respiraban un gran liberalismo: el señor de la Roche, diputado de la clase noble de Borgoña, proclamó como principio "que la palabra pueblo no podía tener otra interpretación que la de universalidad de todos los habitantes del reino; que los estados no eran mas que un cuerpo depositario de la voluntad de toda la nación; que ellos únicamente podían dar á todo un carácter de santidad y solidez; y que cualquier acto que careciera de su sanción no podía adquirir fuerza de ley. El arte de reinar, dijo en alta voz, lejos de ser un patrimonio es un oficio. Los monarcas han reconocido desde un principio su existencia como procedente del pueblo soberano, y el que consigue el poder mediante la fuerza ó de cualquiera otra manera sin el beneplácito del pueblo, usurpa el bien ajeno. El Estado es cosa que pertenece enteramente al público; los derechos de soberanía no corresponden á los monarcas, pues éstos deben toda su existencia únicamente á la voluntad del pueblo; y cuando llegue el caso de que el príncipe sea menor ó no tenga suficiente capacidad, el pueblo vuelve á apoderarse de la cosa pública porque es suya."

En aquella época el pueblo no reparó en semejante discurso, pero debía llegar el tiempo en que no dejaría de repetir las palabras que acababa de oír. Las artes, el comercio y el lujo, al paso que minaban la fortuna de los grandes propietarios, aumentaban la riqueza de los industriales, aproximando unas clases á otras con nivelar las fortunas, y suministrando al pueblo medios para rescatarse del estado á que le había reducido la injusticia de una conquista que el tiempo puede afirmar y no justificar. En efecto, el pueblo que se hallaba en la precisión de prestar en el campo servicios personales, ó de dar á su señor todo el producto de su trabajo, no pudiendo reservarse para sí mas que lo puramente indispensable á sus necesidades, po-

dique á cada cual hasta qué punto debe estenderse el sacrificio de su libertad y de su propiedad para conservar lo restante; de una Carta que ponga en plena seguridad todos los derechos, y marque el límite de todos los poderes."

dia proporcionarse mayor libertad en las ciudades mediante el tráfico que no dejaba también de desarrollar una especie de independencia en las ideas. Colbert había dado un gran impulso al comercio, pero patrocinando las compañías mercantiles, lo que significaba en otros términos, otorgando privilegios; y en vez de anular las maestrías, como lo habían solicitado los estados generales en 1614, las dió mas ensanche estendiéndolas á todas las clases, así de los mercaderes como de los artesanos; de suerte que á nadie era lícito ejercer un oficio diverso que el cuyo aprendizaje había debido pagar, y el que carecía de medios para lograr el título de maestro, se encontraba en dura necesidad de pasar toda su vida trabajando por cuenta de otros operarios. Reglamentos muy rígidos determinaban la calidad, las varias formas y hasta el color de las manufacturas, lo cual producía como consecuencia necesaria visitas muy repetidas, confiscaciones y otras medidas perjudiciales, como la de recoger mercaderías, despedazarlas y quemarlas. Se necesitaba pagar cantidades para conseguir el permiso de ejercer un oficio; se malgastaba el tiempo y se perdía la paz en reclamaciones y en litigos de competencia y su subordinación, relativos á los grados de un mismo oficio, como cerrajeros y herreros, ebanistas y carpinteros, libreros de tienda ó revendedores de libros viejos, sastres y prenderos, zapateros de nuevo y de viejo. Así es, que una institución cuyos cimientos se habían hecho en la edad media para establecer la fraternidad, había degenerado en egoísmo, y había dado margen á una intolerable tiranía, separando del trabajo á gran parte del pueblo, mientras que éste no tiene mas derecho ni mas gloria.

Sin embargo, estos males se hacían menos pesados porque el timbre de la antigüedad, que llevaban, los autorizaban, y ademas, es de considerar que los abusos inveterados á los que el hombre se acostumbra suelen siempre tener en la práctica algun correctivo. Es también de reflexionar, que estas corporaciones no dejaban de dar á los individuos cierto aire de independencia aun cuando los privasen de su libertad y produjesen una enorme tiranía. En efecto, ademas de ser una grande distinción ocupar el puesto glorioso de prior de uno de estos gremios, y conducir el pendon del oficio, cualquiera reclamación ó cualquiera medida que tuviese por objeto conservar sus derechos, rechazando la tiranía, era tanto mas atendida, cuanto mayor ostentación y prosperidad había conseguido lograr un oficio.

En la época de la reforma, la nobleza francesa había puesto en juego los medios que estaban á su alcance para adquirir un predominio en el país, pero habiéndose unido el pueblo al clero, puso coto á su ambición, impidiéndole enseñorearse de los bienes y del poder. El calvinismo, que se difundió y echó raíces en Francia, fomentó los principios

democráticos, los cuales sobrevivieron aún cuando la secta religiosa, que les dió origen, se quedó postrada. Semejante suceso llamó la atención de los monarcas, los cuales, después de haber sacado partido del pueblo para menguar la influencia de la nobleza, pensaron en humillarlo; lisonjearon con distinciones puramente personales la vanidad de sus jefes; crearon una nueva corporación de nobleza con el título de *nobleza de toga* para divorciar del pueblo á los varones doctos; vedaron las reuniones é introdujeron en la administración muchas minuciosidades y complicaciones.

Con observar semejante conducta el poder creía haber conseguido el anonadamiento del pueblo; pero los mismos monarcas habían hecho por otra parte desaparecer la distancia que separaba las diversas clases; y á pesar de que el pueblo quedó vencido, muchos de sus individuos, primero por medio de las doctrinas y luego mediante el comercio, pudieron abrirse la senda para ingresar en el número de sus vencedores, aunque para conseguirlo les fué siempre menester acudir á vias escepcionales, por lo cual las distinciones no dejaron de existir, aun después de haberse perdido su verdadera y primitiva significación. Habiéndose hermanado la inteligencia con el influjo que ejerce la riqueza, la opinión se robusteció; los asuntos hacendísticos, religiosos y jurídicos atrajeron la atención de los individuos sobre todo lo que concierne al Estado, y la fuerza de la opinión obligó á reconocer la igualdad que media entre los hombres.

Había impulsado en gran manera el progreso la revolución inglesa, que podemos decir, haber sido la primera que se verificó estando el sol en todo su resplandor, y cuya luz intensa ofuscó á muchos hasta creer, que el modelo mas acabado en punto á constituciones era el suyo. Pero Inglaterra, á pesar de que abatió repetidas veces el poder del monarca, no alteró las bases que servían de apoyo á la constitución del Estado y á la aristocracia hereditaria; de suerte que su política no se encontró en la precisión de variar de rumbo. En Inglaterra el gobierno, tanto católico como reformado, se mostró siempre intolerante; la legitimidad de los mayorazgos y de las sustituciones se reputó siempre como cosa sagrada; la clase inferior no dejó nunca de ser esclava, é hicieron su papel de representantes en todo tiempo los propietarios territoriales.

En Francia el caso era muy diferente, la nobleza se desplomaba á causa de sus vicios, al paso que la fuerza popular tomaba cada día mas incremento, manifestando aquel vigor tan propio de quien se esfuerza en reconquistar sus preciosos derechos. Los últimos años calamitosos del reinado de Luis XIV, habían disipado las ilusiones encantadoras, que circuían la majestad del trono. La regencia hizo gala de vanidad ensalzando el vicio, como en otra época se habria veri-

ficado para hacer con altivez ostentación de la virtud. ¡Qué hombre moralizado podía no mirar con abominación á Luis XV! Fué entonces cuando irguieron ufana la frente los males, que habían empezado á germinar en tiempo de su predecesor; la nacionalidad francesa se vió adulterada por la invasión de las ideas inglesas, ginebrinas y holandesas, que desembocaban por do quiera; los emigrados apelaban á la venganza con diatribas virulentas; los hidalgos en sus discursos dirigían invectivas á la monarquía; el clero había perdido toda su fe; la historia nacional se había convertido en objeto de mofa: se creía hacer alarde de libertad desaprobando todo lo que llevaba el sello de la antigüedad; las costumbres patrias se calificaban con el nombre de pedantería; los nobles y poderosos con el de tiranos, y la religión con el de preocupación. Pero á pesar de lo dicho, el cuerpo aristocrático se manifestaba cada día mas terco en sus pretensiones, y se consideraba á sí mismo como una institución ó un elevado cargo social, y también como una casta superior. Por lo cual, dando el orgullo pábulo á la ira, los individuos de una clase inferior, pero pensadora, como Marmon- tel, Cantero, D'Alembert y la Harpe (1) es-

(1) La Harpe pertenece á los filósofos del siglo pasado, porque fué uno de los mas acalorados propagadores de las doctrinas de moda hasta la época de su conversión. Pero este autor merece por sus escritos ser colocado mas bien entre los literatos preclaros de su época que entre los filósofos. Sus profundos conocimientos sobre la literatura griega, latina y francesa, su vasta erudición, su acendrada crítica han trasmitido su nombre á la posteridad. La Harpe, á pesar de haber prestado muchos servicios á la revolución, no pudo evitar la persecución de la época del terrorismo; pero después de haber sido preso y encerrado en el Luxemburgo, por una larga combinación de cosas, que sería escusado referir en esta nota, tuvo la dicha de no ser condenado al último suplicio y ser puesto en libertad; y lo que es mas, de convertirse en verdadero cristiano. En efecto, pasó los últimos años de su vida en ejercicios de piedad, y murió con aquella resignación y serenidad del hombre justo que confía en los méritos y en la misericordia de nuestro Redentor. Es muy notable la profecía del Sr. Cazotte, elegante escritor francés y amigo del mismo La Harpe, la cual vamos á transcribir porque se enlaza estrechamente con los acontecimientos de la época que está recorriendo nuestro autor César Cantú. He aquí las palabras proféticas de Cazotte según las refiere La Harpe en sus obras póstumas. "Una conversación muy notable tuvo lugar en 1788 entre Cazotte y algunos filósofos, después de un suntuoso banquete en la casa de un académico. Se había hablado de las eventualidades probables de una próxima revolución, y las esperanzas que se alimentaban acerca del particular traslucían en el semblante de los pretendidos regeneradores. Un solo convida-

púreos; Rousseau y Beaumarchais, relojeros; Diderot, armero; promovían un nuevo orden de cosas, que pudiese romper todas las trabas que impedían al mérito tomar incremento.

El pueblo francés no se componía ya de pocos siervos y de un reducido número de municipalidades, que pedían humilde y lastimosamente un pedazo de pan, y providencias que pudiesen escudarlos contra los señores feudales; sino que se componía de la mayor parte de la nación, y contenía en su

demas, y había pronunciado también algunas palabras un poco satíricas sobre nuestro entusiasmo. Este personaje era el Sr. Cazotte, hombre muy amable, al par que raro, el cual tomó la palabra en tono muy serio, y dijo: "Señores os quedareis muy satisfechos, presenciareis todos esta grande y sublime revolución que tanto deseáis. Vosotros sabéis que tengo algo de profeta: os lo repito, la presenciareis; ¿pero sabéis vos lo que acontecerá en esta revolución? ¿sabéis vos lo que acontecerá á vosotros mismos, y cuáles serán sus efectos inmediatos y sus consecuencias? Vos, señor de Condorcet fenecereis tendido sobre las losas de un calabozo, y morireis envenenado por vuestra misma voluntad con objeto de evitar que os toque la mano del verdugo; morireis de un veneno que la dicha de aquel tiempo os obligará á llevar siempre encima. — Pero, ¿qué demonio, le dijeron todos, os ha puesto en la cabeza ese calabozo, ese veneno, y esos verdugos? Todo eso ¿qué tiene que ver con la filosofía y el reinado de la razón? — Es eso cabalmente lo que os digo: será en nombre de la filosofía, de la humanidad, de la libertad; será durante el reinado de la razón cuando os sucederá lo que acabo de referir, y aquella época será real y verdaderamente el reinado de la razón, porque entonces tendrán templos y en esa época no existirán en toda Francia mas templos que los suyos. — A fé mia, (dijo Chamfort, con la sonrisa del sarcasmo, vos, señor Cazotte, no sereis por cierto uno de los sacerdotes de aquel tiempo. — Lo espero; pero vos, señor Chamfort, que sereis uno de los mas dignos entre ellos, os abrires las venas con veintidos golpes de navaja, y sin embargo, no morireis sino después de algunos meses. Vos, señor Vicq d'Azir, no os abrires las venas, pero os las hareis abrir seis veces en un día, después de haber tenido un acceso de gota, y para salir mas seguro del paso morireis en la noche siguiente. Vos, señor de Nicolai, morireis en un cadalso; vos, señor Baylli también; vos, señor de Malesherbes tendreis la misma dicha, y vos también señor Roucher. — ¿Serémos, pues, dijeron todos subyugados por turcos ó tártaros? Aun. . . — No por cierto, os lo he dicho ya, sereis gobernados entonces por la sola filosofía, por la sola razón. Aquellos que os tratarán así serán todos los filósofos; pronunciarán á cada paso las mismas frases de que os servís hace ya una hora; repetirán todos vuestras máximas. No pasarán seis años sin que se cumpla lo que os acabo de decir. Vos, señor de La Harpe, vos, os encontrareis en todo aquel barullo, y por un prodigio extraordinario

gremio artistas, industriales, literatos y propietarios de una escasa fortuna. Estos tales, que necesitaban sosiego y un órden regularizado de cosas, llevaban pacíficamente el yugo de la obediencia; pero los monarcas, que creían invariable aquella situación, después de haberse adormecido en el seno de la gloria, quisieron prolongar su sueño, embriagándose con la copa del deleite. En tanto los individuos, hijos del pueblo, conquistaron ilustración, opulencia, lujo; con el uso de la palabra tenían predominio en las corpora-

sereis entonces cristiano. — En cuanto á nosotras, dijo entonces la duquesa de Grammont, somos muy dichosas, porque nosotras la mujeres no tenemos que ver con las revoluciones. — Vuestro sexo, señoras, no os apadrinará esta vez, y os será escusado no tomar parte en los acontecimientos, porque de todos modos sereis tratadas como los hombres y sin ninguna distinción. — Pero, ¿qué es Sr. Cazotte, lo que nos decís? Vos profetizais el fin del mundo. — No sé nada de eso: pero sé que vos, señora duquesa, que vos misma sereis llevada al patíbulo en compañía de otras muchas, puestas todas en un carro y con las manos atadas á la espalda. — ¡Ah! yo espero que en esta circunstancia seré llevada, aun cuando no sea otra cosa, en una carroza tapizada de negro. — No, señora, personas de mas alta categoría que la vuestra serán trasportadas de la misma manera que vos en el carro y con las manos también atadas á la espalda. — ¡Personas de mas alta categoría! ¿quiénes serán esas? ¿las princesas de la sangre real? — Señoras de mas alta categoría aún. . . "La princesa de Grammont no instó mas viendo llegar las cosas hasta este estremo, y se contentó con decir en un tono de aparente indiferencia, dirigiéndose á los demas: "Vereis señoras, que no me dejará ni siquiera un confesor. — No, señora, no lo tendreis, ni los demas lo tendrán, el último entre los condenados al postrer suplicio que lo tendrá, será. . . Cazotte se detuvo un instante. — Vamos, le dijeron ¿quién será, pues, ese dichoso mortal que conseguirá la prerrogativa? — Es la sola prerrogativa que le quedará, y este será el rey de Francia. . ." Cazotte se disponía á salir, cuando la duquesa de Grammont, que procuraba siempre evitar el tono serio y reanimar la alegría, se aproximó á Cazotte y le dijo: "Señor profeta, que nos habeis adivinado la buena ventura, ¿no quereis decirnos nada de la vuestra?" Guardó un poco de silencio con los ojos fijos en el suelo, y después contestó: "Señora, ¿habeis leído el sitio de Jerusalem en las historias de Flavio José? — ¡Oh! siu duda, mas suponed que no lo haya leído. — Muy bien, señora, durante aquel sitio, un hombre recorrió por siete veces al rededor de los baluartes á vista de los sitiadores y de los sitiados gritando sin cesar con una voz siniestra y retumbante. ¡Guay de Jerusalem! ¡ay de mí mismo! en aquel instante fué lanzada una enorme piedra por las máquinas enemigas, que le alcanzó y le hizo pedazos." Después de estas palabras, M. Cazotte hizo una grande reverencia y salió de la sala. Esta profecía se cumplió al pié de la letra!



ciones de los artesanos: en el ejército les servían de apoyo los cabos y sargentos; en el clero eran de su partido los curas de aldea; en todo el país los proletarios, en la opinión los escritores, que estaban en gran boga á la sazón, los cuales habiendo inspirado un ardiente deseo á las clases inferiores de adornarse con una semi-ilustración, éstas salpicaban con algo de científico sus conversaciones cotidianas y familiares.

Los hombres dotados de un espíritu meditativo, que habían manifestado repugnancia á aquella alegría inspirada por costumbres frívolas y á aquel abandono tan indecente, que empezó á prevalecer en los primeros años del siglo, y que miraban con igual desprecio la conducta torpe y asquerosa, que observaban los parisienses en su vida regalada y en su holganza, fijaron con especialidad la atención en los negocios públicos y empezaron á censurar los actos gubernativos, manifestándose de esta manera opuestos á la generalidad. Las reuniones científicas no hacían mas que levantar su voz contra los abusos, cuya existencia confesaban también los parlamentos; y un crecido número de individuos deslumbrado de la prosperidad inglesa, la creía con Montesquieu un producto admirable de su buen sistema representativo, al paso que otros secuaces de las doctrinas de Rousseau disertaban con sutileza de ingenio acerca del pacto social y de la soberanía popular. Fué entonces cuando cualquiera cuestión, que se ponía en tela de juicio, tomaba visos de generalidad. El problema que tenía por objeto indagar el origen de las ideas, indujo paulatinamente á sostener que todas se derivaban de la sensación; y por lo tanto, no reconociendo ninguna otra causa que pudiera producirlas, se sacó en consecuencia que el delito no podía ser mas que un efecto relativo de las convenciones humanas; y que la verdadera medida de las ciencias sociales era el egoísmo, y el deleite el único fin que se debía proponer la moral. La nueva institución de un banco (1) alteró completamente la economía interior del reino. Si se escogía por tema el lujo, se encontraban motivos bastantes para arrojarlos contra el feudalismo y las órdenes monásticas, procurando minar hasta en sus cimientos entrambas instituciones; si se ventilaba una cuestión de preeminencia entre la agricultura y la industria, se enlazaban con ella otras mil cuestiones relativas á las costumbres, al gobierno, al culto, á la historia; si la conversacion recaía sobre comercio, la discusión se extendía hasta disertar sobre las aduanas, los privilegios, las exenciones, la vida ociosa de las clases privilegiadas, la administración, la justicia; una sátira escrita con objeto de atacar las costumbres vergonzosas de la época y la vida estragada de los monarcas, se convertía en un libelo contra la sociedad entera; y últimamente por negar la necesidad de las tro-

(1) Banco de Law.

pas subsistentes, de las grandes deudas públicas y del fausto que ostentaba la corte, se apelaba á la vida salvaje, sosteniendo que aquel era el verdadero estado natural del hombre.

Se engañan miserablemente los que alimentan la persuasión de que los filósofos de aquel tiempo escribían por amor al pueblo; que anhelaban su regeneración, tanto con respecto á la moral como á la política, y que su liberalismo tenía la misma significación que atribuimos en el día á este vocablo. Voltaire cree que su héroe (1) tiene un carácter sagrado tan solo porque "reina por derecho de conquista y de cuna;" el grande delito de que se culpaba á los jesuitas era el de haber dado prelación á los derechos del pueblo sobre la autoridad del monarca; y los que defendían á todo trance el pacto social no hacían distinción entre sociedad y gobierno; de suerte que ensanchaban á este último hasta hacerlo omnipotente (2). Por lo demas, las doctrinas que pregonaban los filósofos, debían ser patrimonio exclusivo, segun ellos decían, de los sabios y no de aquellos á quienes regalaban con el nombre de canalla (3). ¿A quién puede ocurrir tomar en consideración, exclamaba Voltaire, á los remendones y á los campesinos! Tendíase, pues, á establecer la libertad en favor del fuerte, lo que significa en otros términos, el perenne sacrificio del débil; y Turgot daba acogida á esta fórmula tan inhumana: *cada uno para sí y por sí*: por otra parte es de considerar que todas las reformas y mejoras, que proponían los filosofastros, no salían de la esfera de teorías aéreas: siempre que los campeones de la opinión no hacen caso en sus escritos ó mas bien desprecian la prudencia, que el género humano ha adquirido

(1) Nuestro autor alude á Enrique IV, héroe y protagonista de la Enriqueida.

(2) En efecto, Rousseau estende la autoridad del príncipe hasta poner en su mano el derecho de vida y muerte de los ciudadanos. Cuando el príncipe dice á un individuo: "es menester que tú mueras por el Estado, el individuo debe morir."

(3) Voltaire escribía á Diderot: "cualquiera que sea el partido que queráis tomar, yo os recomiendo la infame (la religión). Es menester destruirla entre la gente decente, y dejarla á la canalla así grande como pequeña, para la cual fué hecha (Oeuvres, tom. LX, página 403, 25 de Setiembre 1762.) Y á mad. d'Épinay escribía: mi querida filósofa, os recomiendo la infame: es menester cerrarle la puerta de los hidalgos, y dejarla en medio de la calle en donde está muy bien (tom. LIX, pág. 23, 20 de Setiembre de 1760). Nosotros no tenemos ningún empeño para que nuestros lectores y nuestras manobras se saquen á la luz del día (tom. LX, pág. 335). Y Federico de Prusia, exhortando anonadar la infame, se explica en esta forma: No digo entre la canalla, que no es digna de ser ilustrada, y para quien todos los yugos son muy á propósito, sino entre los que quieren pensar." (Carta de 5 de Enero de 1767).

y nos ha legado, y pretenden que todo empiece con su siglo, su vista se convierte en miope; sus juicios no pueden ser cabales acerca de las cosas, que están colocadas á cierta distancia, les ofuscan los objetos vecinos, y porque no tienen conocimiento de lo que fué, no aciertan á guiarse por la senda de lo futuro (1).

Careciendo el Estado de leyes, estando deslucidas las armas, la corte sin ninguna especie de dignidad, y las costumbres relajadas, era una consecuencia natural inclinarse con anhelo á la filosofía mofadora de algunos hombres, que pueden parangonarse con aquellos ancianos, que se esfuerzan en quitar á los demas las ilusiones, que en ellos ya se han disipado, y los cuales propagaban la impiedad, hablando tan libremente de la Divinidad como de los monarcas. Algunos de aquellos filósofos negaban su existencia; otros no la rechazaban, pero decían, que la Divinidad era muda y sorda, y que sus recompensas eran infinitas, aunque no así sus cas-

(4) Una de las mejores definiciones de la palabra *revolución* es por cierto la de Chateaubriand, el cual dice, que su verdadera significación no se funda en las exageradas pretensiones de un pueblo amotinado, sino en el cambio absoluto de la constitución radical de un Estado. Ahora bien, esto no puede suceder en ningún país si no se empieza á socabar de antemano las bases en que el Estado se apoya, las cuales son dos: la constitución política y la religiosa. Bases tan correlativas y enlazadas entre sí, que no ha sido nunca posible ni lo será destruir tan solo una de ellas. Los filosofastros franceses del siglo pasado no cabe duda que casi todos se arrastraban al pié del trono, y que adulaban bajamente á los reyes y á sus favoritos; pero no dejaban por otra parte de atacar al clero y á las clases privilegiadas, sin los cuales la antigua monarquía francesa no podía subsistir. Así es que, los filósofos á quienes aludimos, preparaban sin saberlo ellos mismos el fétetro de la monarquía francesa. Entre tanto, los reyes creían, que las doctrinas filosóficas les darían margen para centralizar en sus manos todos los poderes. Pero cuando estalló la revolución, la adulación de los filósofos tuvo que ceder el lugar á la opinión pública, que empapada en sus doctrinas impías, se lanzó con gran violencia contra la aristocracia y el clero, arrastrando al abismo la monarquía. Es cierto, que la revolución francesa de 1789 había tomado por modelo la inglesa; pero la primera que había sido originada por causas diferentes, y que era la obra de un pueblo por su índole muy diverso de los ingleses, no podía tener los mismos resultados. Además, es de notar que la revolución de Inglaterra ejerció poca influencia en el continente, al paso que la revolución francesa cambió la faz de toda Europa; y podemos decir, dejando aparte las funestas consecuencias que acarrea consigo toda revolución política, que la de Francia hizo desaparecer algunos abusos que en Inglaterra subsisten aún.

[Nota del traductor.]

tigos. Una nación que se distinguía sobre todas las demas por su ardorosa índole y por su perspicacia intelectual, animada simultáneamente de sentimientos generosos y corrompidos, no podía manifestar, como en otro tiempo, acatamiento para con sus monarcas, que herían con sus debilidades el sentimiento de la nación entera, con sus estragadas costumbres la moral pública, y que pretendían con terquedad seguir el mismo rumbo en una época en que se reconocía, que no eran necesarios para mantener un centro de unidad, ni acreedores á la gloria por ilustres hazañas. Llegadas las cosas á estos términos, la nación no podía menos de despreciar á la clase aristocrática, que era grande tan solo por sus desarreglos; y la pública conciencia, guiada por un solo impulso, no podía de ninguna manera acudir á la Iglesia, cuyo poder cercenado, la había convertido en sierva, y cuyos ministros eran disolutos.

Siéntase, por último, bajo el régio dosel un monarca que por su bondad reanima todas las esperanzas, pero su ineptitud las desmiente (1), y su gabinete se manifiesta inferior á todos los demas, en una época en que Francia sobrepujaba á todas las naciones.

Después de haberse verificado el golpe de Estado de 1771, el único tema de todas las reuniones, y principalmente de las en que hacían papel de mujeres, era el de una constitución, de nuevas leyes fundamentales y de la inamovilidad de los cargos públicos. El gobierno, que conocía la fermentación de aquellas ideas democráticas que iban en aumento, habría debido robustecerse con ellas, asociándose á la opinión, y procurando por este medio cobrar nuevas fuerzas; pero adoptando medidas enteramente contrarias, pretendió renovar los privilegios, y reputó acto de gobierno paternal resucitar la aristocracia de toga, que el pasado gabinete, cuya corrupción era patente, había destruido. Así es que, volvieron á restablecerse todas las ventajas, que traían su antiguo origen de una noble cuna, y los de la clase aristocrática volvieron á conseguir todos los destinos de la magistratura y del ejército.

Semejantes procedimientos, que ponían las leyes en contradicción con las costumbres, escitaron los celos de una clase, al paso que consolidaban las pretensiones de otra, é invadió los ánimos de los nobles aquella especie de embriaguez, que debía ocultarles el abismo; mientras que el pueblo no veía mas en el gobierno que á un poder enemigo, comprendiendo por lo tanto que podía apoyarlo ó destruirlo.

(1) Su libro de memorias basta para dar á conocer su ineptitud, pues nos pone de manifiesto que entre los actos de su vida era su principal objeto la caza. Siempre que pasaba un día sin cazar escribía en el referido libro *Rien*, y esto escribió el día en que se verificó la toma de la Bastilla.

Los comerciantes manifestaban su adhesión á los pensadores, y Francia, que por obra de Luis XIV se había elevado al alto grado de conquistadora, descollando en las armas, se esforzaba para volverse á colocar en un puesto preferente durante la paz; pero no pudiendo lograr su intento, porque se lo impedían los adelantos de las demás naciones, se agitaba en una oscilación perenne, la cual la estorbaba ocuparse con especialidad en el comercio, como lo verificaba Inglaterra: y en esta circunstancia, queriendo imitar á una nación á quien odiaba, se encontró también en el duro trance de hacer un papel secundario, acarreado graves perjuicios tanto al sistema fábril como al agrícola. La prosperidad de Holanda é Inglaterra se atribuía á la libertad de que disfrutaban, y las pérdidas que se experimentaban en las colonias, se decía que eran un producto de la política gubernativa. Los comerciantes, que en su educación habían aprendido á ser rígidamente severos, y á seguir un sistema, que hermanaba el egoísmo con aquella exactitud que pretende nivelarlo todo, fijaban sus miradas rencorosas en el despilfarro loco del despotismo, y preguntaban: ¿por qué motivo éste, que representaba el cuerpo social, pretendía enriquecerse, causando la pobreza de todos los individuos que lo componían? ¿por qué se manifestaba tan pródigo con sus cortesanos? ¿por qué eximia de los impuestos que gravitaban sobre todos á la clase aristocrática y al clero? ¿por qué, finalmente, había de serle permitido hacer bancarota repetidas veces, y contraer cada vez más deudas? En la Gran-Bretaña semejantes cuentas debían presentarse por un ministerio responsable á quien las pedían cámaras legalmente establecidas; pero en Francia el monarca se había espresado en estos términos: *el Estado soy yo*; por lo que la culpa de todo lo que sucedía no podía atribuirse á nadie más que al rey; y el espíritu de unión podía proporcionar para la resistencia la fuerza de que se carecía, porque la constitución no la sumistraba (1).

(1) Un hecho acontecido en el año de 1770, nos dá á conocer como los del estado llano habían llegado ya á entenderse para poner coto á las demasías de los aristócratas. Una noche los padres del tan célebre Barnave ocupaban en el teatro de Grenoble el único palco que quedaba libre; pero el director del teatro, poco después el oficial de la guardia, y últimamente cuatro mosqueteros, querían que se desalojara, porque había sido reservado para una persona protegida por el duque de Tonerre, que era el gobernador de la provincia. Los que ocupaban el palco se negaron á evacuarle, pero les fué preciso ceder ante una órden espresa, que mandó el duque de Tonerre. Entonces el señor Barnave, dirigiendo la palabra á los del patio, que habían prestado atención á lo que pasaba, les dijo: *salgo por órden del gobernador*. Acto continuo evacuaron el teatro todos los demás ciudadanos, y en casa de

La autoridad real se hallaba colocada entre dos fuegos, á saber, entre los intereses de los particulares y las ideas de la época, que reclamaban reformas: la opinión, que carecía de órganos legales para manifestarse, ya acudía á las sublevaciones y á los parlamentos, ya á las municipalidades y al clero. Las canciones, y aun en los diarios, que eran su eco, manifestaban el hastío que causaba lo presente, y el anhelo que se tenía de reformas. Fué entonces cuando se atacó el derecho divino de los monarcas; fué entonces cuando se hicieron nuevas investigaciones históricas; fué entonces cuando se pusieron en circulación impresos clandestinos, unos apoyados en razones, y otros que llevaban el timbre de aquella exageración tan propia de una angustia contenida. Laura-guais había cerrado el *manifesto á los normandos* afirmando que la nación había preferido estas palabras: "sereis rey bajo tales pactos, y si los observais os seré fiel; pero "en caso contrario me revestiré del carácter "de vuestro juez." El clero acompañaba sus reclamaciones con esta pregunta: "¿De dónde trae origen ese exámen indagatorio y "desasossegado que cada cual quiere hacer "arbitrariamente de los actos, derechos y límites gubernativos?" Y Malesherbes, cuando fué recibido en la academia, dijo lo siguiente: "Se erigió una autoridad que no reconoce la de nadie, ó mas bien una autoridad á quien todas las autoridades respetan; que valúa los talentos y falla sobre el mérito de cada uno de ellos. En una época en que cualquier ciudadano puede dirigir su palabra á la nación mediante la prensa, aquellos individuos, á quienes la naturaleza pro-

Barnave hubo una numerosa concurrencia, que por pasar bien el rato improvisó un baile y una cena en que tomó parte lo mas selecto de la ciudad. Los del estado llano no frecuentaron mas el teatro hasta que no recibieron una satisfacción completa. Véase Beranger, *Notice historique sur Barnave, Paris 1843*. Manifestaciones de esta naturaleza, tan sencillas y acordes, aterran á los tiranos mucho mas que todas las imprecaciones estrepitosas (a).

(a) Lo que dice nuestro autor es una gran verdad, y nosotros, para confirmarla aun mas, vamos á referir la anécdota siguiente: El gobierno de Sicilia, por los años de 1780, quiso echar una nueva contribución en Mesina sobre el tabaco: los moradores de aquella ciudad reclamaron contra semejante medida; pero el gobierno se dió por desentendido; entonces los mesineses, durante la noche, hicieron un gran monton de mas de 40,000 cajitas de tabaco, que depositaron en una plazuela de las mas frecuentadas de la ciudad, para dar á entender que renunciaban á su uso, y en efecto no volvieron mas á comprar aquel género; así que, el gobierno se vió precisado á quitar el impuesto, no pudiendo desfogar su cólera contra ninguno de los habitantes.

[Nota del traductor.]

digó las dotes oportunas para instruir y comover, ejercen tanta influencia en las masas esparcidas, cuanta los oradores de Roma y de Atenas ejercían en otra época sobre el pueblo reunido."

Los franceses, con su acalorada imaginación, no dejan nunca ociosas las teorías; y el movimiento revolucionario que en Inglaterra se había llevado al terreno de la práctica, y que en Alemania se había convertido en filosófico, en Francia fué patrimonio esclusivo de los literatos, quienes despues de haber buscado protección al empezar el siglo, viéndose ahora convertidos en protectores, é invocados como tales,regonaban y sentaban con autoridad dogmática algunas negaciones sistemáticas con una llaneza asombrosa y con aquella imperturbabilidad tan propia de los que no están bien enterados de las cuestiones, que se ponen en tela de juicio.

La Fontaine, La Bruyère, Pascal, Molière (1), y también Boileau (2), á pesar de la magnificencia fascinadora de la corte de Luis XIV, habían acometido ya á la doble aristocracia (3) y propagado por do quiera un crecido número de ideas, que tendían á sacudir los cimientos del órden establecido; los principios de igualdad, que Fenelon inspiraba silenciosamente en sus lecciones al heredero de Luis XIV, cundían entre el pueblo y tomaban cierto carácter denunciador contra las injusticias legalizadas. Las memorias de Saint-Simon hacían desaparecer el brillante barniz con que se doraban las acciones escandalosas de la corte; aminoraban el prestigio de aquel gran rey, empujándole á la vista de sus súbditos; y daban aun mas el timbre de la humillación á la nobleza que lo circueja, notable por su inutilidad, por sus bajas adulaciones, por su vejez gangrenosa. El *Tartufo*, aunque hacía blanco de su sátira á la piedad fingida, no dejaba de dañar á la que era verdadera, hasta que no se hallase modo de escudarla de la tacha de ficción hipócrita y de mala fe. El parlamento, inducido por tales razones, vedó la representación de aquella obra maestra; pero el monarca concedió licencia para que se sacase á la escena. No fué así con Beaumarchais.

Este [1732-1799], que puede calificarse con el nombre de continuador de la sátira de Voltaire, y que propendía al bien, llevado como aquel filósofo por la fuerza que ejercían sobre él ideas interesadas, se presentó al público en una época en que las doctrinas filosóficas se habían ya vulgarizado, y las convirtió casi en proverbiales, dándoles aplicaciones personales. Trasladado á Paris para enseñar un nuevo resorte de reloj de su invención, consiguió un destino en las aduanas, y empleaba el tiempo que otros

(1) Véase la escena del pobre, en el D. Juan.

(2) Véase su carta sobre la nobleza.

(3) A saber: feudal y clerical.

malgastaban en partidas de caza, en las bebidas y en el juego, escribiendo comedias descabelladas y sin plan. Habiendo llegado á introducirse en la corte, enseñó música á las hijas de Luis XV, que le apreciaba, porque hablando no decía mas que la verdad. Sin embargo, tuvo que resignarse á los sinsabores de que no podían eximirse en aquella época los plebeyos que habían llegado á colocarse en una clase mas distinguida (1). Su ingenio no era muy elevado, pero supo reunir bajo un solo punto de vista todo lo que de satírico habían lanzado sus predecesores, escogiendo por juez al pueblo, de cuyo gremio había salido y al cual pertenecía, á pesar de que estaba hecho un señor de pró. Sus escritos, en efecto, lo daban á conocer por un autor popular, vanidoso, burlesco, fácil de ingenio, maligno, y principalmente sufrido como el pueblo. A consecuencia de un pleito entró en convenio Goetzman, consejero del parlamento de Maupeou, y se obligó á regalarle, siempre que consiguiera un fallo favorable, cien luises y un magnífico reloj, poniendo todo en depósito. Habiendo salido mal del negocio, le fueron devueltos los objetos; pero sosteniendo que había depositado quince luises mas, el consejero lo culpó de tentativa de soborno: Beaumarchais entonces publicó lo acaecido en sus *Memorias*, que son un conjunto de licenciosidades chistosamente satíricas, pero notables por su vivacidad, por la animación de la escena, por su variedad novelesca y por la sal punzante de un libelista, que con todo el artificio y la malignidad de quien abusa del buen sentido, espone á la vergüenza pública los nuevos parlamentos. En estas *Memorias* da á la clase oprimida el nombre que mas le conviniere, exclamando: soy ciudadano, no noble, no abate, no hacendista, no favorito, y nada de todo lo que indica por su nombre ser un poderoso: SOY UN CIUDADANO. Estas palabras y estos dichos eran nuevos en Francia, pero habían brotado para medrar, y medraron.

El público permaneció atónito con semejantes revelaciones. Habíase presenciado el espectáculo de monarcas, que peleaban contra monarcas, de los parlamentos, que querían contrarrestar la justicia de estos, de jesuitas y jansenistas, que batallaban á fuerza con argumentos y bulas; pero no se había presenciado hasta entonces el espectáculo de un hombre solo, culpado, que no podía jactarse de haber tenido ilustres antepa-

(1) Un noble, habiéndole visto en Versalles pomposamente ataviado, le habló en esta forma: ¡Oh señor Beaumarchais! mi reloj se ha descompuesto, hágame Vd. el obsequio de echarle una ojenda.—Con el mayor placer; pero tenga entendido, señor mío, que no estoy muy al corriente en el arte; y porque el otro no desistía de su empeño, lo tomó, y dejándolo caer al suelo, exclamó: ¿no se lo había dicho á Vd. que no estaba muy práctico en el arte?